

Memorias de infancia

La Revolución mexicana y los niños a través de dos autobiografías¹

Susana Sosenski

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Mariana Osorio Gumá

Asociación Mexicana para el Estudio del Retardo y la Psicosis Infantil

La Revolución bramaba siempre. Entre balazos o cuentos de balazos se desenvolvía nuestra infancia.

ANDRÉS IDUARTE

Las dos grandes guerras mundiales del siglo XX modificaron las formas de concebir y tratar a la infancia. No es fortuito que al terminar la Primera Guerra Mundial en el mundo occidental apareciera una novísima preocupación por proteger y salvar a los niños o que la Unicef se creara luego de la Segunda Guerra. En las etapas de la posguerra surgieron innumerables proyectos e instituciones a lo ancho del planeta para cuidar, atender y educar a la infancia. Esto coincidió con las nuevas miradas, ideales y mentalidades que aparecieron alrededor de los niños, impulsados por disciplinas modernas como la psiquiatría, la medicina, la psicología y el psicoanálisis.

Apenas terminada la Segunda Guerra Mundial, los psicoanalistas Anna Freud y Dorothy Burlingham publicaron sus experiencias en las residencias para niños refugiados en España, Francia e Inglaterra. Llegaron a varias conclusiones: las guerras conmocionan a los niños, mo-

¹Agradecemos la atenta lectura y comentarios a versiones preliminares de este capítulo realizados por Cristina Sacristán, Juan Litmanovitch y Leonor García Millé.

difican sus experiencias de vida, producen angustia, dificultan la comprensión de la catástrofe de la muerte, rompen vínculos afectivos, incentivan la agresividad y dificultan el desarrollo psíquico. Una de las consecuencias de las guerras es que provocan que la infancia, un sector que debiera ser prioritario en las agendas nacionales, se traslade a un segundo plano.

En el caso de la Revolución mexicana parece ya un lugar común señalar el millón de muertos que cobró, al final de cuentas. Al inicio de la Revolución, México contaba con 15 millones de habitantes, de ellos 6 millones 375 mil eran menores de 14 años, es decir, constituían el 40 por ciento de la población mexicana.² Los niños menores de 10 años fueron los principales afectados por el conflicto armado.³ A pesar de ello, poco se ha dicho sobre las formas en que la tragedia de la muerte se imbricó en la vida cotidiana, en el tejido social o en las experiencias de vida de los niños que asistieron al drama de la guerra.⁴ ¿Cuáles fueron los efectos que tuvo la Revolución en la psique de la población infantil y adulta? ¿Cómo afectó la vida privada, los comportamientos

² *Tercer Censo de Población de los Estados Unidos Mexicanos, verificado el 27 de octubre de 1910*, México, Secretaría de Hacienda, 1918.

³ México, *Resumen del censo general de habitantes: de 30 de noviembre de 1921*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1928.

⁴ Algunos de los trabajos más importantes que han abordado esta temática son los de Beatriz Alcubierre Moya y Tania Carreño King, *Los niños villistas. Una mirada a la historia de la infancia en México, 1900-1920*, México, Secretaría de Gobernación, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1997; Yolanda Chávez Leyva, *¿Qué son los niños? Mexican children along the U. S.-Mexico border, 1880-1930*, tesis doctoral, University of Arizona, 1999; David Guerrero Flores, “La valoración del trabajo infantil en México (1910-1920)”, en Alicia Mayer (coord.), *México en tres momentos: 1810-1910-2010. Hacia la conmemoración del Bicentenario de la Independencia y del Centenario de la Revolución Mexicana. Retos y perspectivas*, 2 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2007, v. I, p. 121-147; Eugenia Meyer, “¿Dónde están los niños? Reflexiones para una historia de la infancia durante la revolución”, en Laura Espejel López (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2000, p. 439-459; Eugenia Meyer, “¿Qué nos dicen los niños? Una primera mirada fotográfica a la infancia durante la Revolución”, *Alquimia. Órgano del Sistema Nacional de Fototecas*, 1, 1997, p. 29-39.

o las emociones de los individuos? ¿Es posible, a la distancia, extraer algunas reflexiones sobre sus secuelas a nivel de la subjetividad? El psicoanalista inglés D. W. Winnicott señaló que, “para comprender el efecto que la guerra ejerce sobre los niños, primero es necesario saber qué capacidad tienen éstos para comprender la guerra y sus causas”.⁵ Ésta puede ser una tarea bastante difícil para el investigador. Si bien es evidente que la guerra civil produjo epidemias, levas, migraciones y testimonios sobre el horror, sobre las ocupaciones violentas de haciendas, de poblaciones y ciudades, así como sobre batallas, asesinatos y violencia generalizada, poco sabemos de sus efectos sobre lo que hace varias décadas la historiografía optó por denominar *mentalités*. Mucho se aportaría a los estudios de la Revolución mexicana y de otras guerras, si se consideraran sus indisolubles vínculos con la historia de las pérdidas, la angustia, el duelo, la inseguridad y el papel que desempeñaron los niños en ellas, en especial si los pensamos como agentes capaces de transmitir valores, ideas e incluso traumas de generación en generación.

Miles de niños mexicanos quedaron huérfanos de padre, madre o de ambos, a causa de la lucha revolucionaria. En las familias populares, disgregadas no sólo por la muerte sino por la pobreza y las dificultades para la sobrevivencia, el destino de muchos niños fue el hospicio, las instituciones de beneficencia, el abandono en las calles, el trabajo en fábricas y talleres o la incorporación a la lucha armada. Los niños de las elites y las clases medias quizá no participaron como protagonistas blandiendo un arma o cuidando los caballos de las fuerzas villistas como sus congéneres de las clases populares, pero la guerra también marcó sus experiencias de vida cotidiana de invariables maneras.

Si bien existen fuentes gráficas, orales y escritas que permiten reconstruir las experiencias de vida infantiles durante la Revolución, este texto busca rescatar una fuente escasamente utilizada en México para historiar la infancia: las autobiografías.⁶ De tal forma, aprovecharemos

⁵ D. W. Winnicott, *El niño y el mundo externo*, Buenos Aires, Lumen, 1993, p. 75.

⁶ El estudio pionero en el uso de las autobiografías para historiar la infancia fue el de Linda Pollock, quien utilizó esta fuente para analizar las relaciones entre

dos textos autobiográficos de autores cuyas vidas infantiles transcurrieron en la etapa de la guerra revolucionaria para acercarnos a la memoria y a la representación de las experiencias infantiles en este contexto histórico y para reflexionar sobre la riqueza y las amplias posibilidades que permiten fuentes de este tipo.

Las memorias de infancia a las que nos referiremos no corresponden a niños soldados, espías, vendedores de dulces o cigarrillos, tampoco a niños heridos en la guerra o que sufrieron enfermedades causadas por ésta. Mucho menos, evidentemente, reflejan la infancia de aquellas víctimas fatales que murieron fusiladas, ahorcadas o ejecutadas. Estos textos corresponden a dos trayectorias de niños de clase media y luego dos grandes exponentes de la cultura mexicana de la primera mitad del siglo xx: por un lado, Andrés Iduarte, quien escribió *Un niño en la Revolución mexicana*, cuyos primeros capítulos aparecieron en 1937,⁷ que se publicó en su totalidad en 1951, y por otro, Juan Bustillo Oro, quien publicó *México de mi infancia* en 1975. Nacido en 1907 en Tabasco en una familia acomodada, Andrés Iduarte, quien luego fuera un destacado ensayista mexicano, fue hijo de un profesor del Instituto Juárez, también juez de distrito del estado de Tabasco durante el Porfiriato. Juan Bustillo era capitalino y nació en 1904 en una familia de clase media perteneciente al ambiente artístico. Bustillo llegó a ser uno de los cineastas más reconocidos de la Época de Oro del cine mexicano (director, entre otras, de películas como *En tiempos de don Porfirio*).

En tanto la historiografía mexicana no ha utilizado a profundidad la autobiografía como fuente primaria para el estudio de la historia de la infancia, nos proponemos analizar las memorias de estos dos autores mexicanos que dieron cuenta de sus experiencias infantiles durante la Revolución de 1910. Es importante destacar que estos textos, escritos por adultos, no implican necesariamente una limitante para historiar la infancia si los entendemos como textos de memorias, como narra-

padres e hijos entre 1500 y 1900. Véase Linda Pollock, *Los niños olvidados: relaciones entre padres e hijos de 1500 a 1900*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

⁷ Max Aub, *Guía de narradores de la Revolución mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, p. 23.

ciones retrospectivas que exigen un análisis de realidades históricas, así como de memorias de esas realidades. Son memorias de infancia, escritas en un momento en que sus autores buscaron, como señala Adolfo Castañón, “hacer un balance retrospectivo de su vida, ese balance autobiográfico que es también liquidación y saldo de un momento histórico”.⁸ En ese sentido debemos pensar las autobiografías como reconstrucciones y reinterpretaciones de un pasado.

La reflexión basada en una narración autobiográfica ayuda a salir del escollo que plantea la oposición entre subjetividad y objetividad social, pues en este género hay siempre una suerte de dialéctica implícita en el relato, entre lo universal y lo singular, que posibilita la captura de eso que escapa a la norma estadística. Siguiendo esta idea podría decirse que, en la autobiografía, lo social se vuelve mental, pues el sentido se va comprendiendo a través del recuento de una experiencia vivida. Quien relata da cuenta de su identidad construida en el punto de cruce entre las relaciones del sujeto con su inconsciente, con su medio sociocultural y consigo mismo. De la misma manera lo mental también reconstruye lo social. Al escribir una autobiografía se reescribe una vida individual y una historia colectiva. “En los textos autobiográficos la memoria de la infancia trabaja entre la evocación y el recuerdo histórico del escritor profesional u ocasional.”⁹ Por ello, al trabajar con una autobiografía, interpretamos lo que los adultos han querido y han podido recordar, lo que han deseado que perdure y se conozca a través de su texto escrito, pero también nos enfrentamos con lo que han olvidado. Lo que las autobiografías reconstruyen y narran son las memorias y los olvidos sobre una infancia. Si bien los hechos personales “están íntimamente ligados a los acontecimientos históricos y a la estructura social, económica y política [...] a pesar de ello resulta importante no perder el carácter particular de las

⁸ Adolfo Castañón, *Arbitrario de literatura mexicana*, México, Lectorum, 2003, p. 235.

⁹ Sandra Carli, “La memoria de la infancia. Historia y análisis cultural”, en Antonio Padilla *et al.* (coords.), *La infancia en los siglos XIX y XX. Discursos e imágenes, espacios y prácticas*, México, Casa Juan Pablos/Universidad Nacional Autónoma del Estado de Morelos, 2008, p. 35.

trayectorias”.¹⁰ Así, la historia de la infancia a través de las autobiografías exige un movimiento entre el particularismo y la generalización. Tal vez convenga mencionar aquí que no es la intención de este capítulo complementar ni contrastar la información de estas autobiografías con la de una “realidad histórica” de la Revolución, sino mostrar al lector las particularidades y los puntos de unión entre los recuerdos de una infancia vivida y de una acción infantil representada de manera escrita por el adulto.

No olvidemos que, como señaló Thomas Benjamin, los contemporáneos de la Revolución aprendieron a contar historias sobre los sucesos del momento.

Con sus charlas, sus cantos, su dibujo, su pintura y su escritura inventaron *la Revolución*: un término transformado en lo que parecía ser una parte natural y evidente de la realidad y de la historia. La conversación y la escritura eran parte de un proyecto más amplio y más viejo llamado “forjando patria”; es decir, inventar un país, imaginar una comunidad llamada México ubicada en el tiempo y en el espacio. *La Revolución* se volvió parte del gran relato —la “corriente principal de la tradición”, como la denomina Isaiah Berlin— que fundó, moldeó y que es la nación mexicana.¹¹

En la dinámica entre el discurso y la realidad o la construcción subjetiva del pasado, es importante que el investigador analice en qué medida los discursos de los sujetos se relacionan con una “realidad histórica”, hasta qué punto esos discursos son intercambiables o complementarios, qué valor les atribuyen los sujetos y qué intereses o grados de implicación consciente o inconsciente tienen.¹² Las memorias de la Revolución que presentamos aquí reflejan indudablemente realidades para quienes las escriben. Es un hecho incuestionable que la

¹⁰ Marie Jose Devillard *et al.*, *Los niños españoles en la URSS (1937-1997): narración y memoria*, Barcelona, Ariel, 2001, p. 16-17.

¹¹ Thomas Benjamin, *La Revolución mexicana. Memoria, mito e historia*, México, Taurus, 2003, p. 32.

¹² *Ibidem*, p. 24-26.

guerra revolucionaria hizo que la “atmósfera estuviera cargada” y provocó incertidumbre, perturbación y agitación entre los mexicanos.¹³ “Fuimos nosotros unos niños poco movidos, ensimismados, con los ojos cogidos por el *espectáculo* trágico de la Revolución”, señaló Andrés Iduarte.¹⁴ No es fortuito que Bustillo retome también esta noción teatral para definir su tránsito infantil por un país que atravesaba una de las revoluciones sociales más importantes de su historia. Los niños, especialmente los de clase media y alta, miraban desde la ventana “el gran teatro de la calle” y observaban cómo los diversos actores desempeñaban sus roles sociales. Las dos autobiografías parecen entonces reconstrucciones ya desde la mirada adulta, resaltan la teatralidad de la revolución y se semejan a guiones cinematográficos.

No existe en la historia un grupo homogéneo de niños. Cuando hablamos de infancia, deberíamos hablar, por ende, de infancias; por lo tanto es importante respetar “la dinámica entre pautas y variables comunes, de un lado, y una diversidad de trayectorias que, en el otro extremo, puede llevarnos a la consideración de historias personales singulares”.¹⁵ Siguiendo estas ideas, sabemos que los efectos que sobre un niño tiene una guerra son tan variados como el número de niños que las sufren, pero las posibilidades de amortiguamiento que el pequeño en cuestión reciba de su ambiente inmediato desempeñarán siempre un papel trascendental en cómo lo vivido se entreteja en su propia historia. Cabe entonces la reflexión sobre el terreno psíquico donde la experiencia de una guerra se implanta. Sin embargo en esta línea habría que considerar la edad del niño, la calidad de sus vínculos cercanos y la fuerza traumática¹⁶ del suceso: todos y cada uno aspectos

¹³ Juan Bustillo, *México de mi infancia*, México, Departamento del Distrito Federal, Secretaría de Obras y Servicios, Colección Metropolitana, 1975, p. 15.

¹⁴ Andrés Iduarte, *Un niño en la Revolución mexicana*, México, Ruta, 1951, p. 56.

¹⁵ Devillard, *op. cit.*, p. 17.

¹⁶ Para el psicoanálisis el concepto de trauma (psíquico) es capital. Con ello se refiere a la vivencia de un acontecimiento de la vida del sujeto cuya intensidad desborda la capacidad del mismo de responder a él adecuadamente. Como consecuencia, se producen efectos patógenos más o menos duraderos, en la organización psíquica.

capitales para discernir sobre la magnitud de tales efectos. No obstante, en el análisis de estas autobiografías tales aspectos resultan difíciles de aprehender. Lo anterior no implica que los niveles de desamparo, angustia y traumatismo por la pérdida de un hogar, por el luto de familiares muertos, por las vivencias de miedo a la muerte, o por las diversas carencias sufridas durante una guerra no repercutieran en Iduarte y Bustillo.

El encuentro de la infancia mexicana con la Revolución fue inevitable. “La Revolución bramaba siempre. Entre balazos o cuentos de balazos se desenvolvía nuestra infancia”, recuerda Bustillo.¹⁷ Desde su balcón en la casa de la calle Regina, en el centro de la ciudad de México, pudo ver pasar a las tropas zapatistas; antes se topó con Francisco Madero cuando éste entraba discretamente en una farmacia homeopática, y entre empujones del gentío a su alrededor, supo que el general Porfirio Díaz desfilaba con sus funcionarios.

El impacto traumático que los sucesos de la guerra tienen en la realidad inmediata depende de la calidad de los vínculos previos y las posibilidades de elaboración interna que la propia constitución subjetiva del niño le permita. Sin duda, un niño que ha crecido en un ambiente que ha podido darle los cuidados afectivos necesarios tendrá más posibilidades de elaborar situaciones penosas ocurridas durante una guerra, que uno que ha crecido en el desamparo y la carencia. Sin embargo, por más que las circunstancias de crecimiento hayan sido benéficas, existen situaciones y experiencias tan terriblemente traumatizantes que sólo con mucho esfuerzo y ayuda será posible aliviar el sufrimiento. Y más allá de que esto sea viable, una situación de tal envergadura siempre dejará huellas profundas que, principalmente de ocurrir durante la infancia, condicionará los destinos y las búsquedas del sujeto en cuestión. Tanto en Bustillo como en Iduarte encontramos una evidente necesidad de hacer circular y publicar para el conocimiento de un público amplio, una historia nacida en situaciones extremas.

¹⁷ Iduarte, *op. cit.*, p. 67.

El hogar en tiempos de revolución

Ante los violentos acontecimientos que ocurrían en el espacio público, el espacio doméstico se configuró como un lugar de protección, seguridad y arraigo. Para los niños la patria era el hogar: “mi patria, hasta los tres años, fueron aquellas dos ventanas de gruesos barrotes”, narra Iduarte,¹⁸ y cuando “volvieron a pasar las tropas por la casa, antes de que cayera la noche, oímos los primeros tiroteos. La puerta de la casa había sido cerrada con gruesas vigas y con un travesaño de fierro que nunca se le ponía”.¹⁹ A finales de agosto de 1914 la revolución se sintió con intensidad en Tabasco. Los revolucionarios obtenían grandes triunfos, pero esto significó que las operaciones militares se intensificaran, “los niños recibimos la orden de meternos a la casa y no asomar las narices ni a la ventana”.²⁰ A principios de septiembre, “los revolucionarios entraron a la capital de Tabasco” y fueron recibidos con festejos y emoción.²¹

En tiempos de guerra, la casa aparece como refugio y como resguardo para los adultos, pero sobre todo para los niños. Sin embargo, la guerra también toca a la puerta, los revolucionarios entran prestos a los hogares adueñándose de pertenencias y cuerpos y los acontecimientos obligan a las familias a encontrar soluciones para sobrevivir a las nuevas condiciones. Para salvar la integridad y las propiedades el cambio de domicilio se convierte en una constante. Huyendo del lugar peligroso, aquellos dos niños se mudan de casa. Bustillo llega “no muy lejos de la Villa”; ahí, cuenta, “el regocijo de sentirse seguro, de súbito tomó para mí un acérrimo regusto”.²² Iduarte emprende el viaje en un barco hacia isla del Carmen, en el estado de Campeche.

La casa y lo cotidiano corresponden indiscutiblemente a un reaseguramiento de la identidad en ciernes de un niño. Cuando estos ele-

¹⁸ *Ibidem*, p. 9.

¹⁹ *Ibidem*, p. 43.

²⁰ *Ibidem*, p. 42.

²¹ Carlos R. Martínez Assad, *Breve historia de Tabasco*, México, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, Fideicomiso Historia de las Américas, 1996, p. 117.

²² Bustillo, *op. cit.*, p. 68.

mentos se ven amenazados o directamente destruidos por la guerra y/o el exilio, los niños son quienes lo resienten en mayor medida. El sostén que implica la regularidad de los sucesos, de los tiempos vinculados, de las repeticiones de la cotidianidad son los pilares de la identidad y un resguardo contra las fracturas de la misma que, de ocurrir, producen que en sus vidas aparezcan síntomas disruptivos. Centenares de niños acompañaron a sus padres al campo de batalla. Las fotos y los testimonios orales y escritos dan cuenta de la vida dentro, sobre y debajo de los vagones de los trenes villistas en constante movimiento y sujetos a los tiempos de las batallas. Las familias Bustillo e Iduarte emprenden el cambio de domicilio por la noche, las carretas cargadas de muebles, los niños y las señoras al centro; es necesario dejar objetos, mascotas, juguetes; el barrio, los rumbos conocidos, la carpintería, los amigos de la cuadra. Los niños deben aprender velozmente a *dejar*, a *renunciar*, a no tener “conservatismos sentimentales”, a administrarse una suerte de “anestesia afectiva”. El cambio súbito de hogar implica pérdidas que los niños no alcanzan a elaborar porque no siempre da tiempo para las despedidas. Cuenta Iduarte sobre su cambio de Tabasco a Campeche:

Sí, recuerdo que miré con tristeza la casita en que nació. Volví mil veces la cabeza. No quería perderla. La recuerdo en medio de la noche, una noche inolvidable, como nunca había vivido otra, noche para mí de encanto y de miedo, mi primera noche de aventura. ¡Ah... mi casita! [...]. En aquella casita se quedaban mis pelotas, mi velocípedo, mis pizarras y pizarrines, mis canicas, y Maximiliano, Miramón y Mejía, mis tres muñecos predilectos [...]. Yo quería que recogieran todo, que cargaran con todo lo mío. Recuerdo que mi preocupación mayor era llevar un juguete que tenía escondido detrás de una puerta: no sé si era un caballo de palo o una rueda [...]. Allí se quedó parte de mi corazón, parte sin recuperación posible. Terminaba un ciclo de mi vida y se iniciaba otro —acaso con término en la muerte— de vida mexicana, inquieta, febril, accidentada.²³

²³ Iduarte, *op. cit.*, p. 43-44.

Los niños de los tiempos de la Revolución vivieron el estrés de las pérdidas acumuladas, sufrieron grandes y pequeños duelos con la exigencia de la pronta adaptación a las nuevas circunstancias. La mudanza nocturna convierte a los niños en testigos y transeúntes en ciudades reducidas a “un silencio que se antojaba más ominoso que el fragor de la cacería diurna. Entre sombras, pues los focos del alumbrado público habían sido volados a balazos y no había quien osara tener alguna ventana abierta, íbamos a pie, con torpeza, abrumados por el peso de nuestra impedimenta”.²⁴

En tiempos de guerra el hogar, ese espacio de protección por autonomasía, se vuelve frágil. En los testimonios resalta el recuerdo de que “las personas mayores hablaban del peligro de que fuese asaltada la casa. El tiroteo se acercaba por momentos y a veces se oían, junto a la puerta y a las ventanas, voces, órdenes, gritos, detonaciones”.²⁵ Para Bustillo,

la fortaleza hogareña se había tornado feble como las decoraciones del teatro. Una nueva enseñanza me acometía, con un terror muy diferente y muy concreto: el irrecusable imperativo de salir a tropezarme con los verdaderos lestringones del exterior. Me había encontrado con la sangre derramada en la calle, con los inocentes muertos sin objeto, con la traición y con el crimen, con el hambre y con el miedo físico. Salía yo de la alucinadora Fantasía y me inclinaba en la crudeza de la historia.²⁶

Infancia y miedo

En los momentos álgidos de la guerra los niños fueron testigos de bombardeos, fusilamientos y de la angustia adulta. Durante la Decena Trágica, ocurrida en la ciudad de México en 1913, “los cañones, las ametralladoras y los máuseres volvieron a escucharse, ahora a lo lejos. [...] La histeria andaba con pies ligeros entre las mujeres; y el mal

²⁴ Bustillo, *op. cit.*, p. 52.

²⁵ Iduarte, *op. cit.*, p. 106.

²⁶ Bustillo, *op. cit.* p. 82.

humor, entre los hombres”.²⁷ Aunque la muerte se volvía parte de la vida cotidiana era, no obstante, una situación a la cual era imposible acostumbrarse.

En la casa de la loma de Esquipulas [Chiapas] fui espectador de varios espectáculos trágicos. Era el camino para el camposanto. Con esta voz religiosa aprendí a llamarlo. En el camposanto se efectuaban los fusilamientos. Un día pasó por mi casa un espeluznante cortejo: llevaban a fusilar a un hombre y seguían al pelotón bastantes curiosos, entre ellos algunos niños de mi escuela. A mí me faltó valor para aceptar la invitación de ir con ellos. Ellos, durante mi estancia en Campeche, ya se habían habituado a ver fusilar, o cuando menos se jactaban de ello.²⁸

La muerte cimbra a los habitantes en su tránsito por las calles, donde se topan con cuerpos apilados, fusilamientos, banderas que señalan epidemias, hombres que huelen a putrefacción,

apilados como escombros, sin piedad, desarregladamente. Para evitar podreduras sueltas por las calles, y las epidemias consiguientes, se acudía al expedito pero bárbaro recurso de reunirlos en cúmulos, de trecho en trecho, cerca de donde habían caído, para quemarlos a medias. Una náusea acongojada me hizo sollozar. Mi hermano se afianzó a mi brazo en silencio. La diversión había terminado. Estábamos frente a la muerte.²⁹

El recuerdo de la muerte permanece vivo en la memoria varias décadas después:

El terror, la angustia y la compasión me arrebataron el resuello. ¡Estaban quemando vivo a aquel hombre, a aquella mujer o a aquello lo que fuese! [...] Grité. Grité que los sacaran del fuego, que aún vivían. Mi padre me puso una mano en el hombro y me hizo proseguir la marcha

²⁷ *Ibidem*, p. 61.

²⁸ Iduarte, *op. cit.*, p. 82.

²⁹ Bustillo, *op. cit.*, p. 56.

en tanto me explicaba que así suelen padecer retorcimientos todos los cuerpos que son quemados. No me tranquilizó. La noche se había trocado de alegre aventura en espantable pesadilla; y la muerte terrena, de pies pultáceos, nos seguía. No dejó de seguirme años y años. O más bien, de ir dentro de mí, como una pústula que se me abriera aquella noche y que nunca se cerró del todo.³⁰

Los muertos de la guerra persiguen a los niños hasta su vejez o, como diría Michel de Certeau: “el muerto habita al vivo”.³¹ En la memoria de Bustillo e Iduarte, testigos de las injusticias y barbarie de la guerra durante su infancia, se destacan detalles sobre la impresión que en ellos causa la muerte. Sobre cada muerto recuerdan, por ejemplo, que “había un rótulo que explicaba el delito por el que tan duramente se les había castigado: ‘Fusilado por ratero,’ ‘Fusilado por desertor’; ‘Fusilado por insolente’; [...] ‘Fusilado por equivocación’ ”.³²

Habría siempre que tomar en cuenta cómo la memoria del adulto está matizada por fantasías infantiles, por lecturas, por comentarios o relatos que tiñen en cierta medida los recuerdos dándole un cariz de verosimilitud a lo que pudo no haber sucedido. Más allá de una guerra *real*, digámoslo así, ya el niño —en un contexto de paz— pelea sus propias guerras a nivel psíquico.³³ Este asunto no deja de constituirse como un elemento que se suma a los efectos que dicha mezcla —guerras interiores y exteriores— tiene en la subjetividad infantil y luego adulta. Por su lado, la historiografía ha tendido a borrar de sus registros las versiones subjetivas sobre las atrocidades de la guerra. El relato de los sobrevivientes no se considera válido quizá justamente porque coloca el dedo en la llaga, pues a través del recuento de la experiencia subjetiva, tal vez emerge lo que la historia oficial busca silenciar.

³⁰ *Ibidem*, p. 56-57.

³¹ Michel de Certeau, *Historia y psicoanálisis*, 2a. ed., México, Universidad Iberoamericana, 1998, p. 77.

³² Bustillo, *op. cit.*, p. 122.

³³ Idea que deriva de las investigaciones realizadas por autores pertenecientes a la Escuela Inglesa de Psicoanálisis, tales como Melanie Klein y, especialmente, Donald Winnicott.

Si el vínculo entre el miedo y la guerra es indisoluble, infancia y miedo son también inseparable pareja en tiempos de guerra. Pero las formas en que los niños deben enfrentar sus temores están muchas veces atravesadas por categorías como el género. “En nuestras familias tabasqueñas el hombre, incluso de niño, tenía la obligación de no tener miedo. Mi primo me miraba —o me lo parecía a mí— con gesto sañudo, disgustado por mi falta de entereza. Yo —me excuso todavía— tenía once años, y lejos de mi papá, de mi mamá y de mis hermanas, experimentaba verdadera angustia.”³⁴ Las pesadillas infantiles surgen a mitad de la noche y entre ellas se entremezclan los héroes revolucionarios, la sangre y la violencia:

entre las nubes que despedía la chimenea, formado por ellas mismas, entreví, como emergiendo de las honduras de las penas olvidadas en la violencia del mucho trajinar, el desencajado rostro de Francisco Madero. Fue un angustioso sueño que nunca he podido desimaginar. Detrás de la triste cara, y hechas también de inestable vaporosidad, vi unas facciones repulsivas, no bien determinadas, de boca babeante y extraña lividez; y también vi dos garras ensangrentadas que se adelantaban hacia el presidente como para apresarlo.³⁵

Recreaciones infantiles

Las experiencias y percepciones infantiles fueron tan numerosas como niños hubo durante la Revolución mexicana y, aunque difirieron enormemente entre sí, compartieron el estremecimiento que producían acontecimientos sociales específicos. Bustillo recuerda cómo el mismo acontecimiento marcaba de forma distinta a cada niño de la familia:

mi madre y mi hermana María nos sacaron del balcón y nos mandaron al retirado cuarto en que se refugiaban mis otras hermanas [...] la más pequeña, que se mostraba extrañamente tranquila, con sus grandes

³⁴ Iduarte, *op. cit.*, p. 107.

³⁵ Bustillo, *op. cit.*, p. 73.

ojos muy abiertos. Alfonso y yo, con más curiosidad que miedo, lejos de ir al refugio señalado, nos deslizamos hasta el zaguán, que mantenía medio abierto el maderista entusiasmo del viejo portero [...]. Mientras mi hermano, dos años menor que yo, se divertía con lo desacostumbrado del tumulto, en mí empezaba a surgir la incipiente conciencia del absurdo escénico.³⁶

La cita anterior muestra claramente cómo un acontecimiento social (colectivo) marca la experiencia individual, conmociona a cada niño de manera particular e incide en los más recónditos lugares de la personalidad. D. H. Winnicott ha señalado que en tiempos de guerra muy pronto “los niños comienzan a pensar y a hablar en términos de guerra. En lugar de charlar con los términos de los cuentos de hadas que se le han leído o repetido, el niño utiliza vocabulario de los adultos que lo rodean y tiene la mente llena de aeroplanos, bombas y cráteres”.³⁷ En los recuerdos sobre los juegos de estos niños de la Revolución mexicana, la guerra aparece como una forma de canalizar la angustia, de imitar la vida adulta y elaborar una apabullante realidad social de manera lúdica, “de entrar al mundo adulto que les es negado a su comprensión o que se les escapa por su complejidad”.³⁸

Un día jugábamos al “campo” en la Plazuela del Águila, relata Iduarte, “es un juego guerrero. Los niños, divididos en dos bandos, emprenden batallas individuales, hasta lograr vencer al contrincante y arrastrarlo prisionero a su campo. El número de prisioneros acredita la victoria de uno u otro bando”.³⁹ Así, los niños tomaban “elementos de la vida política como medio de expresión de sus conflictos”.⁴⁰ Iduarte recordaba que “en los recreos, jugábamos los niños a la Revolución y yo era el encargado de pronunciar discursos desde las bancas del patio. No

³⁶ *Ibidem*, p. 21.

³⁷ Donald Winnicott, *Deprivación y delincuencia*, Buenos Aires, Paidós, 1996, p. 37.

³⁸ Maren Ulriksen de Viñar, “Un grupo de psicoterapia analítica en los años de ascenso del fascismo en Uruguay (1972-1975)”, *Diarios Clínicos*, Buenos Aires, Lugar Editorial, n. 7 (El Niño y la Historia), 1994, p. 50.

³⁹ Iduarte, *op. cit.*, p. 81.

⁴⁰ Ulriksen, *op. cit.*, p. 51.

hacía yo sino repetir lo que oía en los mítines callejeros. Terminaba yo siempre, como muchas personas mayores, con el clásico y ridículo ‘he dicho’ ”.⁴¹ En la imitación de la vida adulta los niños fundan

una sociedad recreativa, en la que se pronunciaban discursos de tipo político. El ambiente de la calle nos emborrachaba. Yo, por supuesto, constituía la oposición: la persecución de Chin Chun Chan [su maestro], las opiniones de mis parientes, el bisbiseo sobre la corrupción de varios líderes rojos —ya en el poder— me habían hecho retroceder hasta el porfirismo, para quedarme en él durante toda mi infancia.⁴²

La revolución es rememorada como una irrupción en el juego y esparcimiento infantil. Iduarte relata:

uno de los tiroteos me cogió en el playón, mientras elevaba yo una paloma, cometa maravillosa que construyen con cañas y papel de china los niños tabasqueños. Cuando sonaron los primeros tiros, varios niños corrieron, olvidándose de sus palomas que fueron a caer quién sabe dónde; o dejando amarrado el bramante a una mata o una piedra, con la infantil esperanza de seguir un día el hilo y recuperarlas. Yo no podía abandonar mi juguete glorioso. Lo bajé con toda la rapidez que pude, enrollando el hilo, sin gracia ni orden, en el carrete. Cuando terminé estaba solo. Así entré a la ciudad [...] y me topé con un grupo de hombres, pistola en mano. Me llevaron a la casa de mi tía. Esperamos a que abrieran, largo rato, pegados a la pared. Se tardaron porque detrás de la puerta habían colocado el piano y varios muebles, a modo de barricada. En eso oí silbar, por primera vez, las balas.⁴³

El juego es probablemente un denominador común en todas las infancias. Durante la Revolución, mientras las tropas descansaban de una batalla, los niños de las soldaderas y de los revolucionarios corre-

⁴¹ Iduarte, *op. cit.*, p. 69.

⁴² *Ibidem*, p. 102.

⁴³ *Ibidem*, p. 85.

teaban, cantaban, jugaban a las canicas, a la pelota, al trompo. Cualquier objeto de uso corriente o de deshecho podía convertirse en un juguete, un trapo o un bulto podían ser una muñeca. Los niños fabricaban sus propios juguetes. Los niños jugaban a la guerra y vitoreaban a Villa, a Carranza o a Zapata. “Son conocidos por la prensa y los documentos de la época algunos juegos practicados por los niños de las clases media y alta, muchos de los cuales eran aprendidos y ejercitados en las escuelas primarias, el gato y el ratón, la ronda del lobo, etcétera. También existían en el país comercios dedicados específicamente a los juguetes.”⁴⁴

En el campo de batalla “Había niños, comenta John Reed, que no llegaban a los catorce años, según mi cálculo [...], jugueteaban como niños, colándose en los tranvías, amagando jugar futbol, o yendo de un lado a otro en grupos de veinte a cincuenta, cantando y gritando y comiendo cacahuates: nunca vi una multitud tan alegre”.⁴⁵

La Revolución modificó la vida cotidiana e instauró nuevas formas, costumbres y hábitos:

ese día me quedé sin tomar mi chocolate con mis hojaldras, mis hojascas, mis chilindrinas, mis mediamantecas, el maravilloso pan tabasqueño que nos traía, calentito y oloroso, mi amigo el panadero. Algo extraordinario acontecía. Mi casa empezó a llenarse de gente que se encerraba con mis padres en las habitaciones interiores. Yo tenía siete años cumplidos y me hacía cargo de todas las cosas.⁴⁶

La revolución interrumpió los paseos dominicales, la asistencia al circo, al box o al teatro. La población aprovechaba los armisticios para poder salir a cumplir “los menesteres más urgentes, especialmente la adquisición de víveres, cuyo suministro domiciliario había sido suspendido del todo”.⁴⁷ Los niños y habitantes se sentían sitiados y Bustillo rememoró “las escapadas para ir por alimentos, ya exigían verdadera

⁴⁴ Alcubierre, *op. cit.*, p. 147.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 160.

⁴⁶ Iduarte, *op. cit.*, p. 42.

⁴⁷ Bustillo, *op. cit.*, p. 43.

temeridad [...] víveres escasos y de mala calidad que, sin embargo, nos sabían a gloria”.⁴⁸ Además, “la población entera —y nosotros, por supuesto— se acostumbró a las filas, muchas veces inútiles, para comprar pan mal horneado, tortillas duras o granos gorgojosos, o bien a esperar horas y más horas ante los puestos de caridad en que solía regalarse una escudilla de caldo de habas a cada paciente quisque”.⁴⁹ Mientras tanto, ocurría una paradoja, el miedo iba de la mano de la sensación de aventura; esa apabullante realidad permitía a los niños la creación de mundos paralelos, lo cual, a final de cuentas, podría entenderse como una suerte de defensa mental frente a la amenaza de dolor y pérdida. Para Bustillo no todo era experimentado de manera catastrófica:

Alfonso y yo, como buenos chicos, gozábamos de la aventura que tanto asustaba a nuestros padres y a nuestras hermanas. Ni sabíamos medir peligros ni nos creíamos vulnerables, como si nos hubiésemos metido en uno de los cuentos, en una de las películas o en uno de los dramas que tanto nos gustaban y que de antemano sabíamos que eran pura ficción. Disfrutábamos mucho del completo rompimiento de la normalidad y del agradable picante de lo desconocido a que nos encaminábamos.⁵⁰

Consideraciones finales

Las improntas que dejan las vicisitudes más tempranas repercuten en el vivenciar del sujeto en cuestión, a lo largo de su vida. Un niño es un sujeto cuyo aparato psíquico está en vías de constituirse y que necesita de la presencia de otro para realizarlo. Es decir, el aparato psíquico en ciernes de ese ser humano se irá estructurando de acuerdo con las posibilidades o imposibilidades existentes de su ambiente inmediato, conformado, en principio, por los vínculos con la madre, el padre, los hermanos, la familia extensa, quienes a su vez se ven permeados por los sucesos que atañen directamente al entorno sociocultural.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 49.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 118.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 52.

Las guerras con su caos y su invasión mortífera en la vida de los hombres, las mujeres y los niños generan la interrupción dramática de los lazos sociales donde se sostiene toda subjetividad. Gracias a veinticinco años de trabajo con psicóticos, la psicoanalista francesa Françoise Davoine enriqueció el saber sobre la influencia de las guerras en la irrupción de la locura. Los delirios o alucinaciones de los pacientes psicóticos estaban asociados a terribles experiencias de fractura de los lazos sociales ocurridos durante la guerra. Davoine señaló que, además del impacto que los acontecimientos bélicos tienen sobre los sujetos que la sufren, la guerra y sus vicisitudes suele repercutir no sólo en la generación misma que la ha padecido, sino que sus resonancias siguen conmocionando las subjetividades de las genealogías afectadas, aunque tales efectos no siempre les sean atribuibles a primera vista.

La memoria de los sobrevivientes y el relato de esa memoria (cuando esto es posible) es lo que posibilita la gestación de una historia alterna, como un registro de realidades subjetivas no silenciadas: ¿qué ha sido de esos niños de la Revolución mexicana? y ¿qué efectos sociales tienen las vicisitudes subjetivas de esos niños cuando sobreviven y crecen y a su vez hacen familia, tienen hijos y nietos? Infancia es destino, señaló Sigmund Freud. Pero los destinos son susceptibles de transformarse. Lo relevante es qué hace un sujeto con sus experiencias, cómo las vive, y qué tanto esas marcas son susceptibles, a la vez, de transformarse a partir del encuentro con el azar. La infancia deja huellas sociales y culturales en la medida en que las vivencias traspasan a las generaciones.

Los sujetos producen los discursos, “en función del modo como valoran la necesidad de hacer pública aquella historia”.⁵¹ Tanto Iduarte como Bustillo construyeron su propio significado de su participación y su observación de la guerra. Lo que muestran sus autobiografías es que, en sus recuerdos, fueron niños que terminaron ajustándose a la violencia y la consideraron parte de su vida cotidiana. Como lo ha señalado Holly Garza, “un sistema de creencias que le da estructura y sentido a la lucha, particularmente en términos de honor y valores,

⁵¹ Devillard, *op. cit.*, p. 28.

permite a los niños sobrevivir a la violencia emocionalmente. La guerra es *tan buena* que incluso los niños deben tomar las armas”.⁵²

La historia y la memoria son indisolubles, las autobiografías de Iduarte y Bustillo son prueba palpable de eso. Los escritos autobiográficos se relacionan con intenciones, con convenciones sociales, con significados culturales y de lenguaje,⁵³ son construcciones y reconstrucciones, por lo tanto, interpretaciones de un pasado. En las autobiografías la “memoria se convierte en el campo cerrado en donde se oponen dos operaciones contrarias: el olvido, que no es pasividad, pérdida, sino una acción contra el pasado; la huella del recuerdo, que es el regreso de lo olvidado, es decir una acción de ese pasado siempre obligado a disfrazarse”.⁵⁴ Bustillo da cuenta de eso:

ya no es posible [escribe] recomponer en su ingenua pureza y con su primigenia frescura vivencia semejante. En el desgranarse de los lustros, y en el lento construirse del intelecto, [la memoria] ya ha sido, por así decirlo, traducida malamente al lenguaje psíquico del adulto; y ya perdida la contracifra del incipiente pensar infantil, tan salpicado de asombros irrecordables, he de resignarme a participar esa experiencia impar, ya un tanto contrahecha, en términos de pobre imitación.⁵⁵

La memoria desordena los recuerdos, para ella no existe la rigurosa cronología. Lo que encontramos en las autobiografías de Bustillo e Iduarte son mosaicos de múltiples evocaciones. Los autores de estas autobiografías dan cuenta del conflicto que implica recuperar su voz de niños porque el tiempo y el espacio infantil les resulta ya lejano y ajeno, por momentos inaprensible: “uno agranda generalmente las dimensiones de las cosas que vio de niño: una plaza muy grande no es sino una plazoleta, un hombre enorme es en realidad un hombrecito

⁵² Holly Garza, *Caught in the crossfire: children during the Mexican Revolution, 1910-1920*, tesis de maestría, University of Texas at El Paso, 1995.

⁵³ Jerome Bruner, “The autobiographical process”, en Robert Folkenflik (ed.), *The culture of autobiography: constructions of self-representation*, Stanford, Stanford University Press, 1993, p. 38.

⁵⁴ De Certeau, *op. cit.*, p. 78.

⁵⁵ Bustillo, *op. cit.*, p. 10.

insignificante”.⁵⁶ Mientras el escritor Iduarte parece no ocultarse detrás de la escritura, en contraste, el texto de Bustillo deja la sensación constante de un esfuerzo por escribir lo “políticamente correcto”. Estas autobiografías nos acercan también a la regionalización de la Revolución, ofrecen dos miradas distintas, una desde la capital, otra desde el trastierro a Tabasco y su paso por otros estados de la república, pero convergen en la guerra y sus efectos.

El relato autobiográfico, en tanto es un lugar donde se cristaliza la memoria, es fuente invaluable para el estudio del pasado (y del presente) de un individuo y de una colectividad social. El relato autobiográfico tiene, por ende, múltiples lecturas. Una autobiografía puede ser leída no sólo como una expresión personal, sino como un producto cultural.⁵⁷ Lo que encontramos en ambos textos es una infancia idealizada por la memoria. Los dos escritos autobiográficos que hemos utilizado muestran que el impacto de una guerra no es sólo inmediato. Gran cantidad de los niños del mundo que viven experiencias de guerra quedan atrapados en los efectos traumáticos de la misma socavando a distintos niveles sus existencias, y la de sus hijos y nietos.

Si pensamos la infancia como una suerte de bisagra generacional en la transmisión y conservación de valores, creencias o costumbres, valdría la pena que los estudios historiográficos comenzaran a identificar cuáles fueron los saldos de la Revolución mexicana en términos generacionales, ¿cuáles fueron las marcas de la guerra que se heredaron de padres a hijos? La autobiografía de Iduarte, así como la de Bustillo, muestra vidas de niños en la Revolución que sufrieron desarraigos profundos cuyos efectos más íntimos desconocemos. Sin embargo, sus escrituras permiten pensar que, al menos en parte, los autores consiguieron sacar del silencio experiencias de difícil asimilación para colocarlas en el río de lo colectivo y, tal vez, aliviarse en cierta medida de su peso. Pero sobre todo, el hecho de trascender el silencio donde la experiencia traumática se petrifica permite al estudioso de estos temas echar un poco más de luz y dar cabida, mediante las interrogantes

⁵⁶ Iduarte, *op. cit.*, p. 13.

⁵⁷ Bruner, *op. cit.*, p. 39.

planteadas más arriba, hacia nuevas rutas dirigidas a abordar el estudio de un evento colectivo de la magnitud de la Revolución mexicana, a partir de los efectos emocionales que a través de una experiencia tal sufren, por ejemplo, los niños.

Bibliografía

- Alcubierre Moya, Beatriz y Tania Carreño King, *Los niños villistas. Una mirada a la historia de la infancia en México, 1900-1920*, México, Secretaría de Gobernación, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1997.
- Aub, Max, *Guía de narradores de la Revolución mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969.
- Benjamín, Thomas, *La Revolución mexicana. Memoria, mito e historia*, México, Taurus, 2003.
- Bruner, Jerome, "The autobiographical process", en Robert Folkenflik (ed.), *The culture of autobiography: constructions of self-representation*, Stanford, Stanford University Press, 1993, p. 38-56.
- Bustillo, Juan, *México de mi infancia*, México, Departamento del Distrito Federal, Secretaría de Obras y Servicios, Colección Metropolitana, 1975.
- Carli, Sandra, "La memoria de la infancia. Historia y análisis cultural", en Antonio Padilla et al. (coords.), *La infancia en los siglos XIX y XX. Discursos e imágenes, espacios y prácticas*, México, Casa Juan Pablos/Universidad Nacional Autónoma del Estado de Morelos, 2008, p. 23-49.
- Castañón, Adolfo, *Arbitrario de literatura mexicana*, México, Lectorum, 2003.
- Chávez Leyva, Yolanda, *¿Qué son los niños? Mexican children along the U. S.-Mexico border, 1880-1930*, tesis doctoral, University of Arizona, 1999.
- De Certeau, Michel, *Historia y psicoanálisis*, 2a. ed., México, Universidad Iberoamericana, 1998.
- Devillard, Marie Jose, et al., *Los niños españoles en la URSS (1937-1997): narración y memoria*, Barcelona, Ariel, 2001.
- Garza, Holly, *Caught in the crossfire: children during the Mexican Revolution, 1910-1920*, tesis de maestría, University of Texas at El Paso, 1995.
- Guerrero Flores, David, "La valoración del trabajo infantil en México (1910-1920)", en Alicia Mayer (coord.), *México en tres momentos: 1810-1910-2010. Hacia la conmemoración del Bicentenario de la Independencia y del*

Centenario de la Revolución Mexicana. Retos y perspectivas, 2 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2007, v. I, p. 121-147.

Iduarte, Andrés, *Un niño en la Revolución mexicana*, México, Ruta, 1951.

Martínez Assad, Carlos R., *Breve historia de Tabasco*, México, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, Fideicomiso Historia de las Américas, 1996.

México, *Resumen del censo general de habitantes: de 30 de noviembre de 1921*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1928.

Meyer, Eugenia, “¿Qué nos dicen los niños? Una primera mirada fotográfica a la infancia durante la Revolución”, *Alquimia. Órgano del Sistema Nacional de Fototecas*, 1, 1997, p. 29-39.

———, “¿Dónde están los niños? Reflexiones para una historia de la infancia durante la Revolución”, en Laura Espejel López (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2000, p. 439-459.

Pollock, Linda, *Los niños olvidados: relaciones entre padres e hijos de 1500 a 1900*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

Tercer Censo de Población de los Estados Unidos Mexicanos, verificado el 27 de octubre de 1910, México, Secretaría de Hacienda, 1918.

Ulriksen de Viñar, Maren, “Un grupo de psicoterapia analítica en los años de ascenso del fascismo en Uruguay (1972-1975)”, *Diarios Clínicos*, Buenos Aires, Lugar Editorial, n. 7 (El Niño y la Historia), 1994.

Winnicott, D. W., *El niño y el mundo externo*, Buenos Aires, Lumen, 1993.

———, *Deprivación y delincuencia*, Buenos Aires, Paidós, 1996.

